

# *La Santa Misa - Haciendo una Sagrada Comunión -*

## *Parte 4 de 4*

El 15 de agosto del 2021, la Solemnidad de la Asunción, se restableció la obligación de asistir (estar presente) a la Misa en persona para los cristianos católicos que viven en la Arquidiócesis de Filadelfia. Esto significa que debemos estar presentes para la Santa Misa los domingos y Días de Preceptos. Nuestra ausencia lleva consigo el dolor del pecado grave. Las excepciones a esta obligación normalmente consisten en aquellos obstáculos que plantean factores graves físicos (enfermedad) o morales (exceso de miedo, ansiedad, etc.) que harían difícil, si no imposible, asistir a la Misa.

Durante las últimas semanas hemos considerado de dónde viene la obligación de asistir a la Santa Misa cada domingo. Luego consideramos la forma en que podríamos “ayudar” o participar activamente en la Misa del domingo de manera fructífera. Una de las piezas centrales que a menudo asociamos con la Misa es la Sagrada Comunión. Algo que debemos tener en cuenta es que la Sagrada Comunión es una parte de la mayor parte de la Misa.

Sin embargo, ¿por qué participamos en la Misa? El auto-sacrificio total de Jesús al Padre en la Cruz en nuestro nombre sucedió de una vez por todas. La Misa perpetúa el sacrificio de la Cruz. Nosotros, que vivimos varios cientos de años alejados de ese sacrificio inicial, podemos compartir sus frutos ahora. Recibamos o no a Jesús en la Eucaristía en cada Misa, estamos llamados a estar presentes en ese sacrificio que nos define, que nos hace quienes somos en Jesucristo.

Al recibir la Eucaristía, se nos ofrece una participación aún más íntima en ese único sacrificio; recibir a Jesús en nuestro propio cuerpo. Como cualquier otra cosa, podemos hacerlo mejor o peor. La **Sagrada** Comunión significa recibir a Jesús en la Eucaristía en estado de gracia. Un estado de gracia significa estar libre de pecado mortal. ¿Por qué es esto tan importante?

La Eucaristía, es Jesús. Jesús se nos hace real y verdaderamente presente en cuerpo, sangre, alma y divinidad. Recibir a Jesús en la Sagrada Comunión es un signo de nuestra creencia de que Jesús está presente allí en la Eucaristía y también, de nuestra comunión actual y moral con Jesús. Esto significa que, en primer lugar, tenemos fe en que Jesús está en la Eucaristía. En segundo lugar, somos iniciados en el cuerpo de Jesús en la tierra, la Iglesia. Finalmente, significa que, siendo miembro de la Iglesia, mi vida está en comunión moral con Jesús y su forma de vida: sus enseñanzas, su ley y las promulgadas por sus representantes en la Iglesia.

Si no podemos decir con la conciencia tranquila que nuestra vida está en comunión tanto real como moral con Jesús en la Iglesia, debemos abstenernos de hacer un acto de la Sagrada Comunión, ya que recibiríamos a Jesús indignamente. San Pablo notó esta desconexión entre los Corintios y les recordó:

***“Por tanto, el que come el pan o bebe la copa del Señor indignamente peca contra el cuerpo y la sangre del Señor. Cada uno, pues, examine su conciencia y luego podrá comer el pan y beber***

*de la copa. El que come y bebe indignamente, come y bebe su propia condenación por no reconocer el cuerpo.*"<sup>1</sup>

La mejor manera de prepararnos para recibir a Jesús dignamente es haciendo una buena confesión. Allí podemos ser perdonados todos y cada uno de los pecados cometidos desde nuestro Bautismo. Reconciliados con Cristo y con su Iglesia en la confesión, podemos estar seguros de estar en estado de gracia. Podemos estar seguros de hacer una comunión digna y santa que glorifica a Dios y crece en la vida de gracia que prepara el camino al cielo.

---

<sup>1</sup> 1 Cor 11:27-29